



RETOMAR LA IDEOLOGÍA EDUCATIVA ANDINA

Por: Edmundo Guillén Guillén.

La actual preocupación de los historiadores de la educación peruana debe pasar por conocer y después reivindicar los principios humanistas de la ideología educativa andina, a fin de presentarla como futura alternativa de la educación peruana, evitando así que ésta siga alienándose con los parámetros de ideologías transnacionales.

Estudiar esta alternativa es importante, porque las evidencias históricas, diacrónicas y sincrónicas, prueban que los modelos educativos impuestos oficialmente a lo largo del período republicano, perturbaron nuestra identidad nacional, creando entre los peruanos un complejo de dependencia e inferioridad cultural, con ignorancia de los valores humanistas y filosóficos de la ciencia y tecnología que durante milenios desarrollaron las culturas andinas que nos precedieron. Ellas sí supieron responder al reto de la realidad andina, desarrollando sociedades sin flagelo del hambre, lo que se trocó en inopia al asentarse en nuestro territorio la dominación extranjera.

El Perú actual debería aprovechar los antiguos principios humanistas y sus valiosas experiencias, para asegurar así nuestra identidad histórica, tarea que el Estado tendría que asumir como obligatoria. Vemos por el contrario el debate empantanado en cuestiones inmediatistas, con una burocracia en el Ministerio

de Educación cada vez más alejada de la realidad nacional y de la idiosincrasia andina, nuestra raíz primordial, como también de espalda a las justas aspiraciones reivindicativas del abnegado magisterio nacional, cuyas glorias e infortunios están inseparablemente unidos a las vicisitudes y avatares de la azarosa labor educativa del Perú.

La necesidad de conocer los viejos principios ideológicos de la educación andina, tiene tanta trascendencia que sin ella no se podrá explicar los valores de las culturas formadoras de nuestra civilización, ni tampoco el llamado "*milagro Inka*", que con pura educación erradicó el hambre de los pueblos, respondiendo magistralmente al reto de espacio geográfico agresivo y de contrastes. Decía el economista Emilio Romero que en el reparto que Dios hizo de la tierra en el mundo, al Perú le tocó la peor parte: arenales, serranías, paramos, glaciares, jungla y pantanos. Pero ello fue sabiamente manejado por los científicos y tecnólogos del Perú Andino, con una pujante burocracia y una clase dominante que supo a la vez ser clase dirigente.

El "*trabajar por los pobres del país*" fue una realidad en el país de los Inkas, no la frase retórica, hueca e incumplida de los mandatarios de nuestro caótico tiempo, conducido por una albocracia que nunca supo ser dirigente y que por haber estado siempre atada a intereses transnacionales carece de objetivo nacional y agoniza hundida en la corrupción y la anarquía.

Los estudios del geógrafo francés Oliver Dollfus, autor del valioso libro titulado "*El Reto del Espacio andino*", demostraron que el poblador de los Andes, desde la más remota antigüedad, no se resignó a su destino, pues mientras que en otras latitudes del mundo la naturaleza neutralizó el progreso del hombre, en el Perú Andino el hombre humanizó a la naturaleza, adecuando sus acciones a su propia realidad ecológica, en un equilibrio maravilloso. Ello le sirvió de inspiración para estructurar la filosofía andina del bien común, basada en su espíritu gregario, su creatividad, su constancia y su gran voluntad de progreso. Todo lo cual fue posible, porque el Estado privilegia la educación, una educación para el trabajo, una educación continua, una educación eminentemente práctica, en la que los valores no se enseñaban sino que se practicaban.

De allí que en los pueblos andinos primara el criterio de equidad, los vínculos solidarios, el trabajo con alegría y con fiestas, todo lo cual iba a ser trastocado a partir del siglo XVI.

Aquella creencia de que en el Perú Inka se repetía la sentencia del "*ama sua, ama q'ella y ama llulla*" es una completa falsedad, un invento tardío, propia de mentalidades colonizadoras o colonizadas. No se robaba y allí queda como prueba la manera en que construyen sus viviendas los pobladores andinos, sin puertas,

donde todos pueden entrar con sólo anunciarse respetuosamente. Nadie estaba ocioso, había labor para todas las edades, desde los infantes hasta los ancianos, grupos que, por lo demás, eran protegidos por la comunidad y por el Estado, no como sucede hoy en que son de los más desvalidos. Y no se mentía, lo que se constata con el hecho de que hasta nuestros días el valor de la verdad es practicado invariablemente en aquellas regiones donde la occidentalización no ha ejercido con fuerza su nociva labor.

Los testimonios arqueológicos y etnohistóricos prueban que desde hace milenios se generó esa filosofía social, que modeló a su vez toda una ideología educativa humanista dirigida al bienestar del ser humano y de su comunidad, la misma que logró un portentoso avance en la ciencia y tecnología. De otro modo no podría explicarse racionalmente las maravillas de la creatividad del poblador andino, como la construcción matemática del complejo de Chavín de Huantar, la textilera y cirugía de los Paracas, los monumentos megalitos de Tiawanaco, la policromía de los tejidos y cerámica de Wari y Nazca, la cerámica escultural y didáctica de los mochicas, las grandes obras de irrigación y las andenerías, la mejora y optimización de los terrenos de cultivo, la deshidratación de plantas, la refrigeración, etc., etc.

Esas evidencias científicas y técnicas del Perú andino, descubiertas primero por Julio C. Tello y Luis E. Valcárcel, aunque reportadas ya desde el tiempo de los cronistas, echan por tierra aquella falsa versión del mito civilizador que habrían portado los invasores europeos. Por el contrario, demuestran que entre las culturas del mundo, la andina fue la primera en hacer fértiles los desiertos con aguas del subsuelo, los primeros en usar fertilizantes, los primeros en aprovechar la teoría de los vasos comunicantes, los primeros en domesticar plantas para la alimentación, además de los conocimientos que tuvieron de geometría, matemática, astronomía y medicina, que supieron aplicación con acierto buscando siempre el bienestar de los pueblos.

Por ello afirmamos que la ideología educativa humanista del mundo andino constituye el hilo rojo para interpretar correctamente la génesis portentosa de nuestra civilización y, principalmente, para entender el “*milagro*” Inka, que sistematizando este legado ideológico fue capaz de organizar un Estado donde jamás se conoció el hambre.